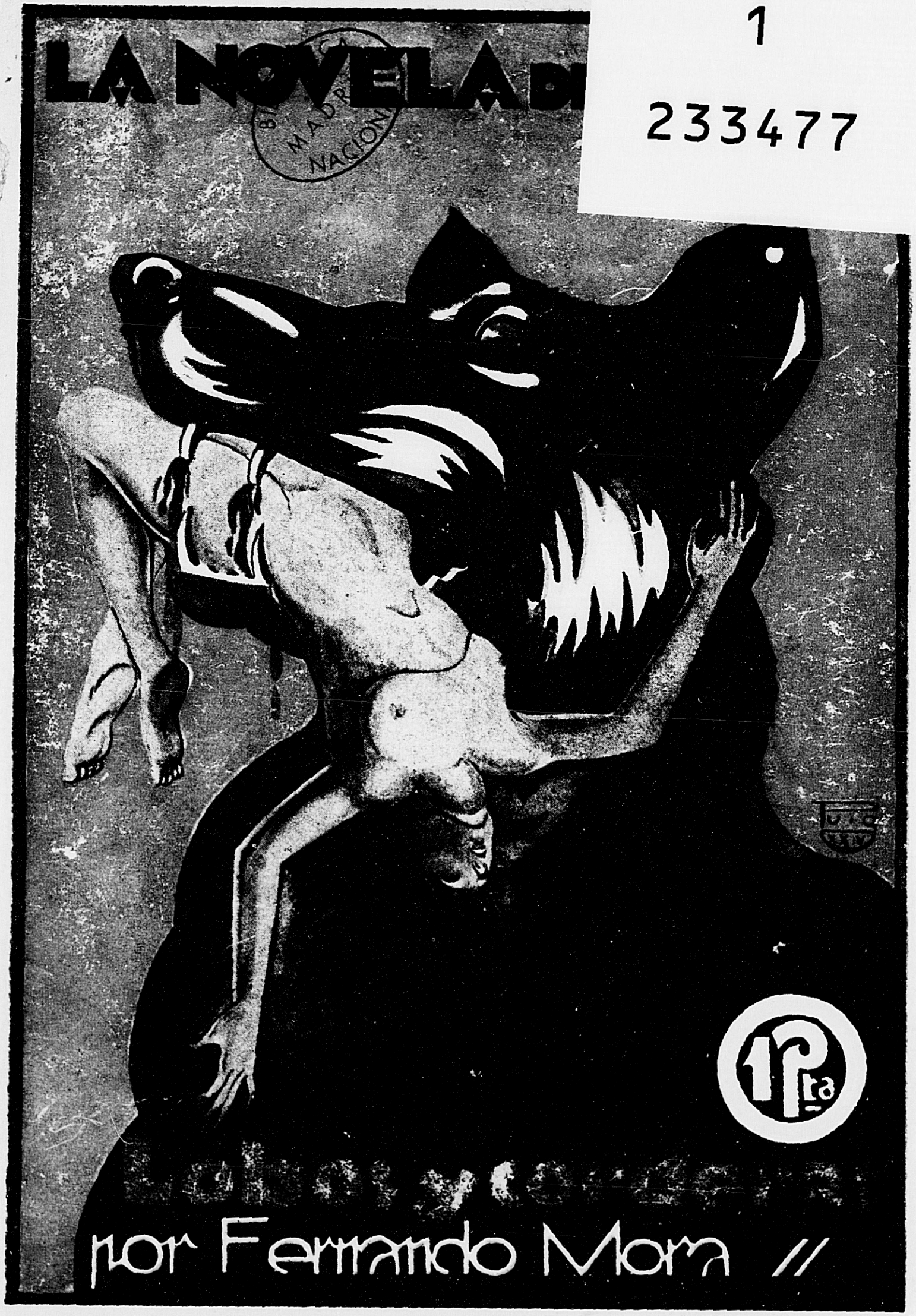
BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

1
233477

LA NOVELA DE



1 Pts

por Fernando Mora //

1
233477

E/M.N.M. (Ref costumbrista)

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los dias, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Silencio, novela (2.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (2.ª edición).

Acotaciones a un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (2.ª edición).

El secreto de Barba Azul, novela (8.ª millar).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Mendizábal, 42. - Madrid

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peñíscola. Cinco pesetas en todas las librerias.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

R. 3222304

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA
MENDIZABAL, 42
MADRID

En la primera quincena de marzo se pone a la venta la magnífica novela del maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

titulada

LAS SIETE COLUMNAS

5 pesetas ejemplar

Apresure su pedido a

Editorial Atlántida y Novela de Hoy

MENDIZÁBAL, 42. - MADRID

IA/1504399

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 28 de febrero de 1926 Núm. 47

Lobos y corderas, o a la sombra de Mendizábal

Novela madrileña de

Fernando Mora

ILUSTRACIONES DE PUIG

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

Una conquista

POR

Luis Rubio Hidalgo

ILUSTRACIONES DE
SANCHA

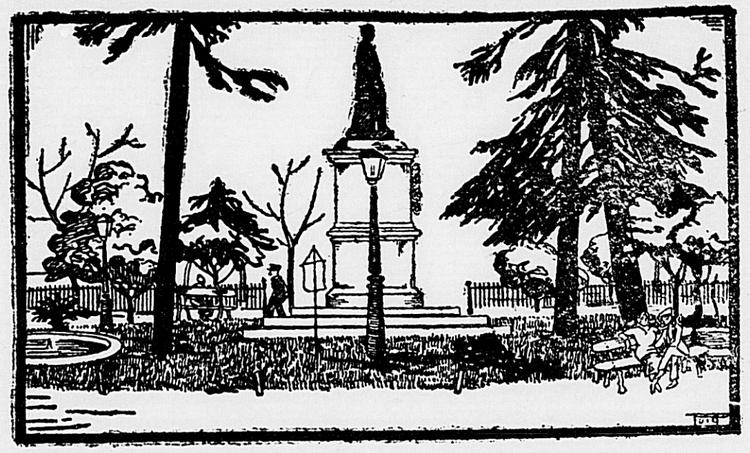
DEDICATORIA

Quiero, aun cuando la costumbre diga que no está bien, por aquello de que al "amo" no debe halagársele, dedicar esta historia de dolor y color a mi buen amigo Artemio Precioso, *y se la dedico, por merecimiento y simpatía, no por petición de nada, que si mi virtud y valer no me sostuvieran, me sostendría mi orgullo que, como dijo el poeta,*

"Moriría de sed mirando al sol
antes de rastrear como un lagarto."

Así, pues, Artemio, *carnada a los tiburones —siempre a popa—, y un abrazo muy prieto de su amigo,*

F. M.



I

EL ESCENARIO, LOS ACTORES Y LA COMPARSA

Dos guardas cuidan de la típica plaza del Progreso, no se sabe si llamada así porque en ella habitó "Tirso de Molina": religioso y poeta, o porque don Manuel Alvarez de Mendizábal: hacendista, masón y rico arruinado por defender la hacienda española, tiene su estatua en

sus jardines; de uno o de otro modo, lo cierto es que dos guardas la acicalan con todo arte, y de ella son gobernadores amorosos y cuán celosos.

El uno es delgadísimo y de aventajada estatura; el otro, bajo, de sonreír dulce y, por lo grueso, anda como las ocas.

Aquél—el par de un poste—odia de una manera cruel a los niños; éste—el ventrudo—ama hasta a los perros.

Contra los infantes que traviesos pisan el césped, va el flaco; el grasiento, en burla, contra los canes que lo hollan.

La gente, la mucha gente que del jardín hace estancia, ama al gordo, que, por el tipo y por un bigotazo que maraña. es sobre su labio, se asemeja a Castelar, y, así, "Castelar" le dicen. El otro, reencarnación indiscutible—según un clérigo que por la plaza va, y no a convertir pecadores—del rey de Judea —el que obligara a Jesús, María y José a huír de noche y en burra—, se le llama el "Herodes de Pinto", que es su patria.

—¡Arre allá!...—grita restallando su látigo, cuando algún nene busca en la hierba la pe-



!ota que jugando al fútbol hasta el verde fué.

— ¡ Sucios perros !... — dice "Castelar", cuando uno de esos cuadrúpedos, que por lo serviles ama el hombre, ensucia los macizos que amoroso peina.

¡Compañeros más dispares!

Cierto día que un rapaz cayó a uno de los estanques que junto a la estatua del político gaditano son espejo de su jaquetona apostura, el gordo, sin pararse a pensar que, era reumático, al estanquillo fué y del estanquillo lo sacó.

Y en vez de reñirle o multarle, que hubiera hecho el otro, díjole más asustado aún que él:

—¡Corre y cámbiate de ropa, no sea que te enfríes, y luego...!

Su compañero, en tanto, reía que asustaba.

—¡Era muy malita persona el de Pinto!

La tralla, en su mano, es un cetro. Cuando riega, el...

—¡¡Ahí va, eh...!!—mandado decir, lo lanza tan en voz baja, que muchos piensan si así lo hace por el placer, sin provecho, de mojar a los transeuntes.

El otro no, el otro grita, advierte y hasta suplica, a fin de que, si una pareja amorosa no oye su grito, o un grupo de nenes, embebido en sus juegos, no se da cata de la advertencia, dejar sin regar lo ocupado por el amor.

Y, sin embargo, de su bondad—por canalla ley humana que hace a los hombres esclavos de quien pega antes que de quien razona—se mofan muchos, mientras al otro, al mandarín, le temen y hasta le sonríen.

Pero hay algo que les diferencia más aún. El "Herodes" se amiga con todos los pícaros de la plaza, canta loas a los más avispados, dice elogios a los sinvergüenzas más completos—sean hombre o mujer—, y, en cambio, a los míseros que la mala ventura trajo a desgracia y con dolor la lloran, los burla fiero y trata crudo.

Y no es la vez primera que si un golfante, de los muchos que a la sombra de Mendizábal pululan, trajo de un robo cualquier objeto, lo guardara el de Pinto entre las escobas, o bajo el mantillo de las hojas secas, o si una carrerista, huyendo de la "poli", adentró su

carne asustada en la posesión, la ocultase en su quiosco, que él llama su palacete.

Pero para merecer tal trato, preciso es que la golfería sea máxima en ambos sexos.

Y dice:

—¿Se es santo? Pues a serlo más: un San José, por ejemplo. ¿Se es ladrón? Pues mi voto lo doy a Candelas, por vivo. Las medias tintas, nunca; los cobardes en su oficio, jamás. Al verdugo que al dar garrote le viera palidecer, sin remordimiento de ninguna clase, ¡por éstas!, que le ahorcaba.

De ahí el que con los cinco cojos, cojos chulos, que no se apartan de la plazoleta, haga buenas migas.

¿Pero qué hacen allí? ¿Para qué están allí?

Hay quien dice que son los administradores-cajeros de otras tantas hembras, que a cuenta de malcomer, hacen de la vida una sucia y carnal subasta.

—¡Esto está cá vez peor...!—suspira uno que ganó su cojera en un mal negocio.

—¡La "Cacharro" tié que modernizarse—

objeta otro—, que si no, la "hecatumba"; ni pa los gabrieles me gana...!

De los cinco, tres dicen que lo fueron por la Patria, y los restantes por accidentes taurinos.

—¡No les haga usted caso!—dice alguien al que historia—, son unos embusteros de marca. El mayor, que es de Cuenca, debe su cojera al tiro de un "churré" que, una vez, de las muchas veces que yendo conducido quiso escaparse, disparó; dos, que le siguen en edad, cayeron bajo las ruedas de un tren a la vuelta de una capea donde fueron volteados por los moruchos y apaleado por los paletos.

El cuarto, perdió su pierna derecha a consecuencia de una herida leve que no quiso lavarse por santo horror al Lozoya.

Pero el más pintoresco de los inútiles, es el quinto. Andaluz de los de *jipío* a toda hora y *chato* a cada cinco minutos, declama que su mal proviene de un ataque en compañía del general..., no se acuerda, cuando tomaron Sidi Musa.

Y eso lo dice a los soldados, que si la parla es con un obrero, habla de la caída de un

andamio, y así sucesivamente, si es a un maquinista o a fabricante de horchata; pero lo cierto es que al pretender robar la ropa de un balcón muy alto, cierta noche muy oscura y lluviosa, perdió el equilibrio y se rompió las extremidades.

A su comanditaria, que es de estatura grande, ¡la *arrea* cada tortazo!

—¡Baja la carucia!—la grita.

Y la mujer, que es obediente, se inclina y carga con el *mandao*.

Ya no ejerce de ladrón; pero planea escalos, dirige *negocios* y es el *santero* en muchos desvalijamientos.

Seguramente le conoceréis, lectores: por mal nombre le llaman el *Tres cuartas* y algunas veces coge un cornetín y por esas calles va destrozando siestas.

—Cuando yo estuve en Tetuán...—y *larga* un romance patriótico que *desvalija*.

—¡Oh, aquella carga a la bayoneta! ¡Oh, aquel *reduzto* que *tomemos!*...

Y la gente *suda* y él *llora* si conviene al negocio.

Mucho goza el flaco jardinero escuchando

a esta gente mentirosa y canalla, pero su amistad mayor—sin que la parte carnal vote por ello—, está en una viejales a la que dicen "La Agüela".

Es la tal mujer, vecina del jardín toda la tarde y parte de la noche. Tres hijas tiene, golfas las cuatro, que ganan los duros en las encrucijadas y chamizos y que, por respeto filial, y para mayor gloria del oficio y bien del fondo, traen, no más ganarlo, el dinero a la que, sentada, lo administra.

Así está cuando vienen a dar su cuenta las palomas.

—Hoy—dicen—ha sido un día malo, ¡trece podrías *legañas* na más...!

Y una de las hijas, que es pequeña, delgada y más chula que la fuente de Cabestreros, replica agria:

—¡Es que ya no hay hombres...!

—¡Ni dinero!—abunda la dos: blanca vejiga de manteca adornada de azul y amarillo.

Hecho arqueo, invitando a "Herodes", que no acepta, se encaminan a la tasca de "Malagorra": antro que huele a mugre y pez y



entre San Pedro Mártir y Jesús y María abre su bocana de infierno.

Ya en la puerta, la peque, que la dicen "Cinquito", exclama:

—¿Pero pa beber vamos a entrar? ¡Yo no paso, que me voy con *ése...!*

Ese, es el del corazón; el chulo que la quiere cuando no hay prisa de demandas y la da lo *suyo* cuando se incomoda.

—¡Pues si no entras, toma eso!

Y la mujer, su madre, la entrega un duro.

—¡Esto es poco; dame algo más....!

—¡Pero si no hay!

—¡Suda, que quiero mercarle tabaco, tomarnos el cafetito y pagar la posada...! ¡Con esto—y miró despreciativa la moneda—ni pa el moka...!

A regañadientes da más "La Agüela", y la joven dice, entonces, más tranquila:

—Hasta luego—y después—¡oye, si cuando se vocee "La Libertad" no he parecido por casa, déjame el llavín debajo de la puerta...!

Riendo se va; la taberna que huele agria, se traga, a seguido, a las tres mujeres.

Los cojos, ante el jardinero que ríe socarrón, miran y dicen:

—¡Vaya cuajo! ¡Vaya poca vergüenza! ¡Vaya madre pa un molde...!

Y uno, el heroico, señalando al banco que acaban de dejar las hembras, exclama:

—¡Ni el de Urquijo!

Y otro:

—¡Y que lo digas! ¡Poco numerario que pasa por él...!

Aunque conoce el de Pinto la mala vida de sus amigachas, como gusta, igual que los puercos, de enfangarse donde haya más fango, deja que uno del quinteto diga charlador:

—La vieja, ¿sabe usté?, es la madre, pero no así una madre de las postizas, sino la verdadera, la que las tuvo en la mismísima entraña, y eso, por muy perro que sea uno, no pué aplaudirse.

Otro, menos escrupuloso, le corta el hilo de la perorata gritando:

—¡Vaya aprensión! ¿Y de tu hermana qué, no vivías a su costa como un bajá? ¡Entonces...! Estas, y hacen lo que deben, se han

comanditao y tién ropa blanca, y comen cocido tóos los días y se ríen del mundo, y como hay concordia, vamos al decir, y su miaja de buen humor, las dicen y ellas encantás, "Las tres gracias".

—¿Y a la madre?

—"La desgracia de las tres..."; pero es injusta la gente, que sin ella, ¿quién ustés decirme qué sería de la administración? La ruina del negocio...

—Y si eran honrás, ¿pa qué lo querían?

—¿Honrás ésas y desde su tatarabuela les viene el oficio?

"Castelar", curioso—aunque le repugne—, se ha acercado y pregunta serio:

—¿Y es verdá la historia?

—La fija.

—¿Sin exageraciones?

—¡Ni tanto así!

El tanto así es un centímetro de uña del dedo índice.

—¡Pues...—el enojo del hombre pone risa en los labios de su compañero—, eso es canalla!

—No—le replica—. Eso es viveza. ¿El que

tiene talento no lo explota? ¿Sí? Pues la que tiene ángel, ídem de ídem. ¡A ver si atesorando cutis y caera va una mujer a ir al río!

—¡Ole!—abunda el inútil más fresco—. Yo no tengo de qué, pues pa mi mal nací macho, pero si no, ¡mi madre!, me iba a comer cá pedazo de solomillo que ni la Casa de Correos.

Asqueado separóse "Castelar" del grupo. Ni su conciencia, ni su estómago, eran capaces de digerir tamañas ruindades.

Su ánima, pronta a perdonar hasta a sus dañadores, no perdonaba la vileza de aquella explotación.

La botaratada del gran poeta...

"... si nuestro suelo se hunde en el lodo,
al lodo alcemos nuestra canción",

le repugnaba por ser veneno.

El lodo no debe amarse nunca; el mal debe huírse siempre, y si por desgracia el sino nos arrastra a lo vil, seamos viles sólo con la materia, nunca con el espíritu.

No con estas palabras, que el hombre del

mostacho no era dado a sutilezas, pero sí con una idea semejante razonó mientras huía de los glorificadores de lo ruin y malo.

Y hasta un banco, el más lleno de sombra, que ocupaba una mujer joven, de empaque fino y pelo de judía: brillante y aceitoso, se llegó.

—¿Qué hay, Trini...?

—¡Lo de siempre, señor Paco, ganas de morirme y miedo a matarme...!

—¡Bah, no pienses en eso! El mundo da vueltas y, ¿quién te dice que no cambia tu modo...?

Con amargura, que puso centelleo de llanto en su mirada, replicó severa:

—No. La desgracia, una desgracia que desde que nací me muerde como un cáncer, no quiere que sea buena, no me deja ser buena...

—¡Confía!

—¿En quién, en mi persona? Me doy asco; soy una perra sucia que odia a los hombres... cuando no tiene cerca a los hombres.

—¡Y si son flamencos como tu chulo...!

Sonrió triste la que era como de veintisie-



te años, ojos verdes y labios demasiado estrechos.

Después, reprochándose, dijo:

—¿Ve usted si es malo, que hasta me explota, me castiga, y hace de mí su esclava? Pues le quiero, desprécieme usted, pero le quiero tanto, que hasta de mi hija me olvido muchas veces...

—Ayer la vi.

—¿Dónde, dónde...?

—Donde siempre, en la fila, con las monjas que iban de paseo.

Llorando dijo Trini entonces:

—¡Que Dios la ampare más que a mí! Como a ella me educaron, en un colegio estuve...

—¡Ya me decía yo que tú, por lo bien que hablas, venías de buena gente!

Sin oír lo que el jardinero pensó elogio, surgió la madre exclamando:

—¡La quiero más...! Por ella, porque no me la echen del colegio, hasta robaría; pero no se puede usted imaginar mi sufrir teniendo que andar, porque Rafael lo quiere, por esta Plaza. "¡Mira tú que si me guipan las mon-

jas!" "¡Mira que es mucho eso de que mi hija rece en el principal y pasee yo, para lo que paseo, por debajo de sus balcones!" Pero como si cantara, que me dice "achanta, que aquí eres la reina y aquí están nuestros duros".

De asco escupió el hombre, que nada dijo; sabía que nada iba a conseguir y enmudeció.

Pero como viera llorar a la "Leonesa", pues nacida era en la capital de León, junto al palacio de los Guzmán, preguntó inquieto:

—¿Qué piensas ahora?

—Pensaba, señor Paco, en que si las hermanitas se enteran de mi vivir...

—¿Ah, pero no saben?

—No; piensan que coso. El señor que intervino para que la admitieran, ¡Dios se lo pague!, así lo dijo.

—Pues yo creí que algo sí te dabas a la aguja.

—Tuve que dejarlo; veo poco, y la labor era tan chapucera que me la quitaron por completo va para tres meses.

—¡Es lástima...!

—¡Digo! Cosiendo, y estando alejada de

los hombres, viví bien; pero como tenía que pagar la pesetita diaria de la nena, y ganar algo para sostenerme, pues, que tuve que rodar de nuevo.

Hubo una pausa que "Castelar" utilizó para decir algo menos doloroso.

Y, alegre, dijo:

—La peque, que está guapa y gorda, se parece a ti de un modo extraordinario, ¿qué años tiene?, porque pa mí que los cinco ya no los cumple...

—Para noviembre hace los seis.

Otra pausa, ésta más densa, vino luego.

Por fuera del jardín, camino de la calle del Duque de Alba, pasaron unos gañanes venteando la carne que gustar.

En la de la Espada paráronse con unas pucelas.

Alguno, alejóse acompañado.

Después, a gritos, reclamó una mujer la presencia de Trini.

—¡Ven, tú, que un amiguito de Arganda te espera...!

Quedo suspiraba la que nada contestó de momento.

—Te llaman, ¿has oído?—insinuó "Castelar".

—Sí, pero no voy.

—¿Por qué?

—¡Tengo una angustia...! Además—su decir era tenue—me da duelo dejar la conversación esa de mi hija, para darme a un cualquiera que pasa...

La emoción no quiso que abriera la boca el viejo Paco; ella sí, pues con amargura exclamó:

—¡Ay si nos muriésemos...!

De nuevo la llamaron, no ya la mujer, sino el hombre que la deseaba.

—¡Pues no voy, no!...—dijo agarrándose, clavando los dedos en el banco, como si temiese que alguna fuerza misteriosa, venida de lo oscuro, forcejeara para llevarla.

—¡No! ¡No...!—se decía.

Pero aquel ¡no! tan fuerte, tan, al parecer, de voluntad, asesinado fué por el disparo taladrante de un silbido.

Una sacudida de nervios la puso en pie.

Y el viejo habló:

—Pero... ¿es que te decides?

—¡Lo manda él! Desde la taberna, pues de seguro está en la taberna, ha oído llamarme, y como no voy, silba.

—¿Y tú?...

—¡Obedezco como un perro!...

—¡Es que si no es tu voluntá ir, no vas!...

—¿Y si viene y me pega?

—¡Oh!

—¡Tiene las manos de plomo, señor Paco!

—Eso no importa; si quieres quedarte, yo le espero contigo.

Sonó otro silbar, y Trini, angustiada, marchóse... componiendo una sonrisa.

Aún rogó el guarda:

—¡Quédate!...

—No, es muy malo; me maltrataría.

—¡Quédate!...

—¿Y si se vuelve contra usted, que es tan bueno?

Triste marchó la hembra por entre los macizos relucientes.

Rafa, "el Bonito de Abades", ojos de abismo, boca de goloso y empaque de amo, acercábase a ella fiero.

—¿Pero es que no has oído, so...?

"Castelar", con la tralla prevenida, apareció de súbito.

Iba a intervenir; pero la esclava miróle, protestando.

De nieve quedó el que mudo lloraba, y, triste, diciendo "¡Como ella...!", alejóse del lugar.

En tanto, la de León, hasta el grupo de gañanes fué.

Y oyéronse risas, muchas risas, que al viejo guarda sonáronle como fieros relinchos de potros ardientes.

II

POR REVOLVER EL MUNDO, HAY GRESCA

No la pegó como "el Castelar" se creía.

Noche de sábado, el ingreso fué suficiente, y en vez de bofetadas hubo halagos, y en lugar de insultos, suavidad de decires.

Y amanecía cuando se retiraban: él, una pizquita beodo, durmióse al poco rato; ella, no pudiendo dormir, mejor dicho, no queriendo dormir, a pensar se dió.

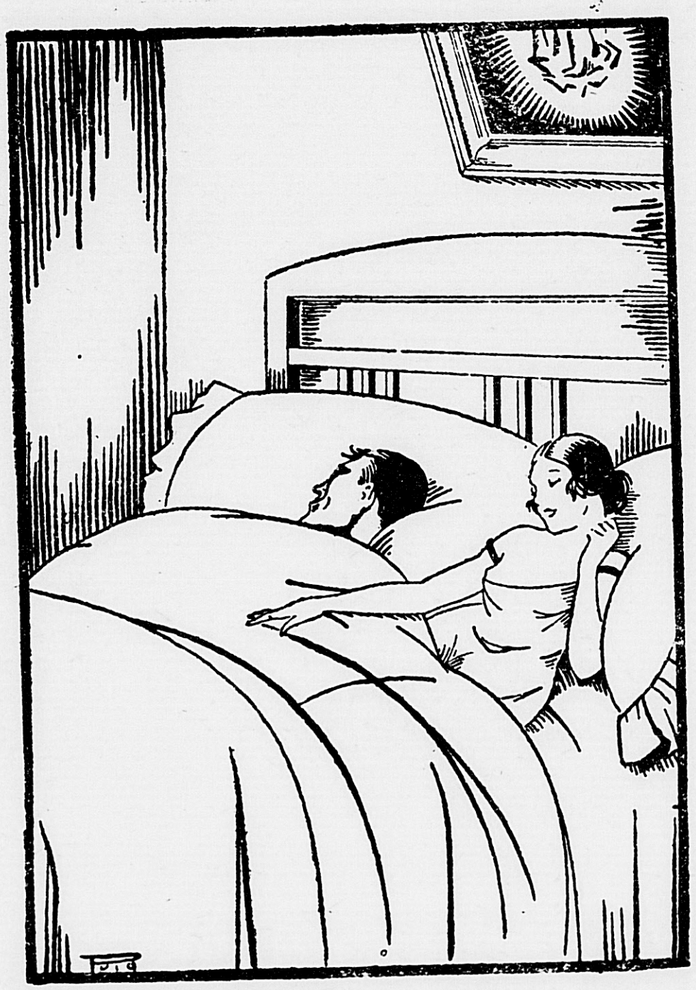
En escucha, temerosa de que por no estar profundamente "roque" la oyese bajarse del lecho, esperó una hora, acaso más, dos acaso.

En tan largo tiempo, sin oír cómo la ve-

cindad se desperezaba a fin de ir a los talleres; sin preocuparse de los gritos de las vecindonas que, no más salir el sol, hacen congreso de los patios y las galerías, pensó en las muchas cosas que la pasaban, en las que la pasaron plenas todas de dolor, todas desbordantes de lágrimas y tristeza.

Y a su memoria vino el fin trágico de su padre, militar imprevisor, que, al morir, dejóla por única herencia un sin fin de prejuicios, trapos muy vistosos y la inutilidad más completa en aquello que es preciso para ganarse el pan.

—Entonces—gemía recordando—tuve que caer para tener de qué vivir. ¡Qué horrible hasta acostumbrarse! Y, casi arrojada, la huída de León con el único hombre que me amó de verdad, y cuando su familia lo supo, el abandono, el nacimiento de mi nena, la muerte de él en desafío por defenderme de la calumnia de un canalla, y más después la deshonra mayor, la busca de hombres en la calle, y ahora la cadena que a este chulo, que tanto amo, que tanto temo, me sujeta y que,



¡como me desprecio!, adoro como si estuviese loca perdida.

Y al decirlo, le miraba, arrobaba, tanto, que poco faltó para que no le despertase con sonoros besos.

Como guapo sí que era guapo el de "Abades"; tan guapo como fresco, pues si juraba seriote que las sumas entradas en la cuenta corriente de su bolso eran, la mayor parte, dimanadas de la compra-venta de alhajas, mentía como un bellacón que era, pues lo cierto, lo históricamente cierto, es que de Trini, Jesusa "la Tanguista", y de una escritora de costumbres populares, que con pretexto de estudiar en él, con él sesteaba, eran las fuentes—charcos, y no limpios, debiera escribirse—de sus ingresos.

Claro es que "la Leonesa" ignoraba la existencia de sus compartidoras, y por eso, y a pesar de que en ocasiones era duro de mano, le quería más con la vanidad, pecado frecuente de las busconas, que con el corazón.

Mujer al fin—aunque sus principios no fueran plebeyotes—, sentíase halagada si al-

guna, mirándole, decía al paso: "¡Vaya estampita de buen mozo!..." Y si, en conversación, cualquier compañera de taconeo lo alababa con la boca rezumante de gusto, decíala con gachonería: "¡Pues límpiate, que con mi serrano cuerpo hace la faena!...", sin pensar que diciendo: "Es mi grillete", hubiera dicho verdad más triste, pero más completa.

Cuanto ganaba, y no era poco, en los bolsillos de su bien cortado chaleco hallaba sepultura, y si por necesidad había Trini de vestir, que oficio es el de desgastasuelas que pide variaciones en la indumentaria, a él lo decía, sin resultado bueno, ya que de las virtudes de un buen administrador estaba horro.

—¡Imposible, negra!—suspiraba, falso—. Tóo, lo que se dice tóo, lo tengo empleao en piedras con uno que es de Sevilla.

Y si ella insistía de mal modo, a veces con zarandeos bruscos, la contestaba con mortificante desdén:

—¡Pa carrerista de Progreso tiés bastante con lo que tiés! ¿Va alguna más elegante que tú? ¡Pues entonces!...

—¡Pero si es que estoy desnudita!

—Mejor.

—¿Cómo?...

—Que eso gusta a los canelos, y por eso, ¿estás?, vién más pesetas al rico bote...

—¡Sin embargo...!

—¡A callar, que no estoy pa murgas, y sobre todo—la dijo amenazando—, que si quieres lo que dices, pídelo a "don Rochil", que a todas os fía y no cobra con muchas exigencias!...

Y eso tuvo que hacer: hablar con el viejo, para, como era costumbre, pagarle a plazos lo que obtuvo por necesidad.

¡Tipo más pintoresco no se vió nunca!

Don Godofredo Pérez y su esposa, doña Julia, "la Buen Corazón", eran una pareja sin par, manchegos de casta—lo que decir quiere tacaños prietos—, que al negocio de fiar se dedicaron, pero no de fiar a gentes con domicilio, sino a chusma ruin de casa llana, a mujerotas de la mala vida, a busconas de lo más miserable.

Ella, despiadado Calvino que hiciese del dinero su dios amado, era cruel y nada, absolutamente nada sensible, y don Godofredo,



par de su arañita esposa, duro y seco, que de su antigua profesión—fué guardia civil—conservaba un ceño duro y unas maneras rigurosas.

Sin embargo, "la Buen Corazón" cedía un poco, muy poco, si a su vanidad de ex buena moza se gloriaba, y se cuenta, sin que responda de que sea cierto el historiador que os quiere distraer, que algunos ratos, si el chulo de alguna *retrasada* intervenía, esperaba algo más el cobro. El, no; él, según voz pública de las mujeres que públicas se dicen, no tenía punto vulnerable por el que entrar hasta su alma.

Comanditarios serios, llevaban su negocio admirablemente, y muchos, "la Agüela" entre otros, poníanles como modelo de comerciantes.

Su trajin era a diario y a oscuras.

De noche, cuando los honrados buscan el hogar, y en el hogar la cena, salía la dama, de Cuatro Caminos—con un paquetón lleno de géneros variados—hasta las negruras lujuriantes de la calle—paseo del Rey Alfonso XII, vivero de perdidas—, se encaminaba

luego, por junto a la verja del Jardín Botánico, hasta la Puerta de Atocha, y ya en ella, trepando, reptando, hasta la puerta del Retiro por la calle en torrentera que a su fin tiene la estatua de Moyano, para acabar en la que dicen de Fray Luis de León: desmontes vecinos a Lavapiés que de chamizo sirven a las más desventuradas vendedoras de besos fríos y placeres de bestial mecánica.

El, para de este modo acaparar toda la ruin parroquia, hacía su comienzo por los jardines que son adorno del cuartel de la Montaña—rincón donde Marte y Venus se solazan a muy baja tarifa—; marchaba luego por los jardinzucos de la Tela, a Progreso, y, dando fin en la Llorosa—vecina sucia y poco honrada del edificio donde se hacen los médicos de los burros—, se unía a su mujer en un bar sórdido, con gramófono inclusive, de la siempre chulona calle de Valencia.

Pensando en ello, no obstante saber su dureza de alma, sonreía Trini, que, a veces, los vió esperar en noches muy crudas del invierno a que una respetabilísima pendón,

su deudora, terminase un compromiso propio de su sexo, y otras, rugir locos al saber que aquella a quien fiaron en cantidad había huído para nunca volver a la corte.

Eso pensaba y reía Trini, esperando a que su compañero se durmiera completamente, cuando el rozar tenue, el bisbiseo suave del diario echado por debajo de la puerta, la llamó a la realidad que la convenía.

Como el pretexto estaba justificadísimo, levantóse aprisa, por el periódico marchó, y sin dejarle, como coraza amparadora, levantó la tapa de su baúl.

Emocionada, tuvo un instante de limpio gozo; allí, mirándole, estaba el retrato de su hija; la ropa de su hija, las pesetas que reunía, sin contar con él, para pagar el colegio; prendas lindas de su honrada juventud, y, en fin, cuanto podía recordarle lo que fué.

En una caja que papá trajo de Filipinas: negro brillante constelado de nácares y oro, la medallita de la primera comunión, y un rosario, y un capullo de azahar de la boda de una su amiga muy modosita y a la postre adulterina, la pobre, y con todo aquello,

cierto programa de cierta corrida de becerretes que presidió, ¡qué linda estaba!, con mantilla de madroños, alta peineta y flores en el pelo brillante.

También, mostrándose huraño, apareció el papá con muchas cruces, y no pocas postales de la ciudad amada y enemiga.

El espíritu de Trini, que de no haber sido empujado, era de aquellos que sólo paz y amor necesitan para florecer, acobardóse, avergonzóse cara a los objetos que le hablaban de una vida serena, casta y limpia.

—¡Ella no será, no quiero que sea como yo!...

Y con tiento, volviendo antes los ojos al sitio en que "el Bonito" dormía, comenzó a sacar cosas y más cosas del hondo baúl.

Ropa ajada con perfume grosero de pachulí vino a prenderse en el respaldo de una silla alta.

Otra cajita, figurando un coche, que trajo a su poder almendras de Alcalá, abrióla con tiento, pues chirriaba, y vieron sus ojos cintajos, botones, sobras de puntilla, las cuentas de un collar y...

De nuevo, esta vez con más grande recelo, miró al dormido.

Bajo el papel del fondo, un retrato, uno de esos retratos que venden en ristra como las cebollas y que parecen de desenterrados o de criminales, apareció con su frente ancha, su bigotín en alto y sus ojos nobles y valientes.

Sonreía mirándole.

—¡Este sí que me quiere!...—y tras pensar, como si al decirlo quisiera que la escuchase, agregó triste—: ¡Pero no, es demasiado bueno para mí!...

Y mientras lo decía, con placidez le recordaba.

De nombre era Luis, viudo, de treinta y un años, cuatro más que ella, y con un taxi "completamente" suyo.

Por cierto que su vida—la recordaba Trini como si aún le tuviera a su lado—no era de las más felices.

Después de enumerar detalles negros de su niñez y juventud, díjola, confidente:

—... y cuando pensé mejorar y busqué esposa fué peor. Yo, ¿sabes?, estaba de me-



cánico en un garaje que de Ruiz le llaman, y está por la parte del paseo de los Ocho Hilos, y, la verdad, la quería como un loco; ganaba buenos duros, y todos, todos, tal y como llegaban, a su bolso, porque ése era mi gusto, iban a parar; pues, bueno, a pesar de lo que oyes, a pesar de que como un bobo la miraba deseando que dijese "dame la luna" pa, de un salto, traérsela, la manducatoria era menos que escasa, la ropa, peor que la manducatoria, y el trato, ¡ay, el trato!, el trato, al unísono. ¿Pa qué te voy a decir? Yo, claro, sufría callao, porque, lo repito, estaba chiflao por ella. En esto, ¡mi madre!, cae mala, y ni tan siquiera habían pasao ocho días, que, con sus noches, me pasé a su vera como un hermanito de la Santa Caridad, cuando se agrava, entra en el estertor, y, reasumiendo, que la diña en total. Lloré, no sé ni lo que lloré, pero se me pusieron los ojos como tomates de los de cuatro en kilo, y así, la noche del velorio, a solas con ella, porque no quería mi cariño que nadie ensuciara su última noche con chistes que se dicen pa aligerar las horas que al

amanecer terminan con churritos y copas de Cazalla, hice, lo que me encargó antes de expirar lo menos diez veces: "¡¡Todo, Luis mío, todo lo que uso y he usao, todo, no dejes de hacerlo, lo metes en mi caja de muerta, pero lo metes sin mirarlo, sin desdoblarlo, como si me lo pusieras pa un viaje!!..." ¿Qué iba a hacer un hombre que era, queriendo, como los dos amantes de Teruel juntos? Pues lo que hice: sacar su ropita de vestir, y la blanca, y los zapatos, y tóo, lo que se dice tóo.

Al llegar aquí volvió Trini la cabeza para cerciorarse de que Rafa seguía dormido, y, convencida de ello, otra vez pudo recordar, anudar la relación del simpático y enamorado Luis.

Y le oyó tal y como cuando le oyera.

—Vacié su baúl; la ropa, por mi lloro, salía mojada, y cuando casi tenía todo embaulao pa el último viaje de aquella esposa a la que tantísimo quería, ¡maldita sea la mojama!, veo—Trini pensó en cartas de adulterio—que, al caérseme de la mano una falda, la que la compré para la boda, ruedan, tal

que ovillos amarillentos, dos monedas, dos relucientes monedas de rico oro... ¡Más muerto que ella me quedé! ¿Cómo, pero es que lo que miro y toco es verdá? Sí lo era; no cabía ni la menor: eran dos onzas, y luego ocho, y veinte, metidas en otras partes, y billetes, y más billetes del Banco, cosidos, ocultos hasta dentro de unas chanclas... Casi seis mil pesetas: a mil pesetas por año de matrimonio había guardao la muy perra, la que, por avara, cochinamente avara, quería llevárselos; la que, prieta de puño, me estrujó; la que ni lo necesario, pa no perder gramos, me daba en la cazuela. ¿Y tóo pa qué? Pa morirnos de debilidad y de pajolera tisis... Aquella acción me volvió mochales perdío, y llegué a insultarla, y a quitarla todo lo bueno que la puse, y como de alguna manera tenía que cobrarme su canallada, ¿qué dirás que hice? Pues hice, ¡la venganza es un banquete en Lhardy!, hice que la llevaran a la fosa común en el carro de los pobres, pues como tan pobre de tóo era, es seguro que desde la otra vida lo habrá agradecido de corazón.

Aún recordó más.

—Después — Luis continuaba charlando para el recuerdo y gusto de la moza—me divertí una temporada, y, sin luto, con corbata de día de toros, me hice propietario de un "fotingo", que adecentao, con la ayuda de otro negocio, me da de sobra pa comer mejor que comía. Pues bien, y en finiquito de todo esto, te digo, Trini: ¿Aceptas la compañía, bajo mi techo honrao, de unos gabrieles con chori, una ropa decente y un cariño que no le pongo precio, pero que te juro que no es de a cero sesenta y cinco la pieza?...

Todo eso, tan vario y tan lleno de interés, recordó mirando la fotografía del chófer.

Sus compañeras de taconeo, a pesar de la envidia, la aconsejaron:

—¡Prima eres si a ese envido tan bien echao no contestas con un quiero redondo! —dijo "la Cacharro", golfa de mucha fama, que por amor al vino se veía "arrastrá".

Y lo mismo le aconsejaron la de Santander, ex ama de leche, tan amante de los niños, que a cuantos veía besaba, y "la Estrella", que la noche anterior la llamara.

—Comprendo, y harías muy bien, que si viviera su socia le dijeses que nones, por aquello, aunque a nosotras ¡plin!, de no hacer cosa dañina a quien no nos la haga, pero siendo viudo... ¡vamos, que si no dejas la maldecía calle por ese vivir honrao y sustancioso, voy a tenerte que decir que, o estás locatis perdía, o que estás enchulá, que es, por desgracia, mucho más grave!

Pero, a pesar de eso; a pesar de que el viudo insistía, no aceptaba la moza.

¿Por "enchulá", que dijo su compañera? No. No aceptaba por miedo a que el otro, su administrador actual, les hiciese imposible la existencia.

—¡Si me dejaras—la dijo una tarde de supremo placer, que es cuando la sospecha de sufrir más asusta—, te mato!...

Y Trini lo creyó, como creía sus juramentos de fidelidad, que—ya se ha dicho—quebrantábanse en un tupi-tango y en el despacho con *chaise-longue* de una literata.

Un ruido, el que produjera Rafa variando de postura, inquietó a Trinidad; pero el sus-

to pasó. El de Abades dormía profundamente.

Sin embargo, temerosa de que despertara, fué a lo que iba: a juntar en un paquete, que guardaría en el hueco de un zapato, el rosarillo, la medalla de su comunión primera y los seis duros para el pago del mes, y, por la tarde, a ver a su hija, a pagar la pensión, y a sentirse, por una hora, pura por ser madre.

Eso pensando, al fondo del baúl llegaron sus dedos. Un rebujo de medias inservibles tomó; con pausa y modo lo desenredaba, y cuando, al no ver lo que esperase, sus ojos centellearon, su boca dijo algo mordido, y en pie, frenética, púsose ceñuda.

Y no era Trini entonces la hembra sumisa, muda al golpe y al agravio, que brava era su actitud, y noble y digna.

¿Qué era aquello? ¿Cómo no estaban los duros en el sitio que, amante, los puso?

Resuelta, acercóse a la cama, y a despertar iba al suciote ladrón, cuando, no convencida de que su pensar fuese posible, dijo:

—¿Y si lo puse en otra parte? ¿Y si se han escurrido hasta el fondo, y si...?

Loca, sin mirar de hacer arrugas en lo planchado, volcó materialmente su mundo.

Una a una miró, remiró las prendas; uno a uno, los cien líos de cosas inservibles, y mientras hacía tal labor, su pensar fué, asustado, a verse sin medios de pagar la pensión de su hijita.

—¿Y qué pasará entonces?...

La pregunta tuvo una respuesta trágica que de llanto anegó sus espesas y brillantes pestañas.

No, no estaba allí el dinero; ni cierta sortija con una fecha; ni el mantón de verano; ni...

Aquello era demasiado, ¡Cristo!; aquello no podía tolerarse. Bien que una vez, por un apuro de hombres, que las perdidas tasan como algo de honra, empeñara su traje de más lujo; pero aquello, la mesada, el pan y educación de su nena, no.

Y, decidida a todo, dispuesta hasta a arañarle y morderle, a él se fué: de una sacudida lo despertó y, voceando, amenazando, dijo:

—¡Canalla, dónde, dí, dónde está lo que me has robado?

De un brinco hallóse el macho cara a su hembra, que, más violentamente, decía:

—¿Dónde? ¿Dónde...?

Una risa fué la contestación.

Aquel desdén fué la gota que hizo rebasar el dique, y con uñas de felino rabioso, hirió, enloquecida, sus brazos.

—¿Dónde? ¿Dónde...?

Una bofetada, como un estampido, sonó respondiéndola.

—¡Canalla! ¡Cobarde!... ¡Ca...!

No pudo repetírselo, que, ahogándola, la tiró al suelo como a un pelele.

De rabia y de impotencia lloraba Trinidad.

El, despectivo, la escupió, grosero.

—¡Nada de cuentas, niña; a mí, eso no!... Yo soy el amo de esta vivienda, y aquí to lo que hay es de mi suma propiedad; lo que quiere decir, pa que lo anotes, que ¡sonsi, achantamen y un nudo en la muí!

—¡Granuja!

—¡Con sordina, que tengo su miaja de sueño atrasao, y si me espabilas con esos tus



graznidos de cigüeña en celo, pa mí que la segunda parte del *jazbán* va a ser un poquito más lastimosa!

Pero Trini no cedía; dispuesta a todo, hasta a morir, hasta a matar, volvió a insultarle diciéndole con arrogancia:

—¡Ladrón, o me das mi dinero, el que guardaba para mi hija, o grito y te mando prender por eso, por ladrón, por cochino ladrón!...

No era Rafa crédulo en el sentido de dar fe a conminaciones y juramentos de hembra; sin embargo, algo debió ver, que le asustó, en las pupilas de su compartidora de lecho y pan, porque, cambiando de registro, la acarició con decires candentes y con besos dulces. Fría, ruda, habló la mujer:

—¡No me toques! No me hacen falta tus sucios halagos; lo que necesito, para pagar esta misma tarde en el colegio, son los seis duros, mis seis duros...

—¡Es que, oye, mira!...

—Nada oigo: o las pesetas, que son santas, o te denuncio en la Comi.

¿Cómo iba a darlas si no las tenía, ni tam-

poco quien se las prestase?... ¿Cómo si, por alternar en la tertulia del café de San Isidro, quedóse sin ellas, como se quedó sin padre conocido al nacer?

Sumiso confesó su falta, creyendo conquistar así el perdón; pero Trini, más brava que nunca, más dispuesta que antes, señalando la puerta, gritó hosca:

—¡Sal...!

—¿Cómo? ¿Qué dices?...

—Que te marches donde yo no te vea.

Otra vez quiso el guapo poner a prueba el valor de las caricias, que entre las busconas era lo más bueno de su "cartel"; pero ella, resuelta a todo, vistiéndose, gritó:

—¡A la calle! ¡A la podría calle, y pronto!

Y como viera que se tumbaba, decidido a no acatar el femenil mandato, gritó más:

—Ahora mismo salgo a la puerta y grito a toa la vecindad que eres lo que eres: ¡un sinvergüenza y un ladronazo!...

—¿Y si antes te ahogo?—rugió él.

—Pues a lo de ladrón se añade lo de asesino, ¡y que te ahorquen!...

No hubo otro remedio.

Fría, de nieve, sin oír las amenazas del que presuroso se vestía, junto a la puerta, en par, esperaba.

—Ya estoy—dijo con rabia—. ¿Y ahora...?

—Ahora, a buscarte otra desgraciada a quien engañar y de quien vivir. ¡Largo...!

Aturdido, "ganado en la acción"—que diría él—, iba camino de la calle el rufián.

—A la noche—pensaba sonriendo—habrá pasao el chubasco y... "azul está la mar"...

Ella, en tanto él planeaba la victoria nocturna, con los ojos secos, mirando, sin ver, la ropa de la revuelta cama, pensó concluyente:

—¡Esto, liquidao!...

A la portera, desde el corredor, dijo que llamara a un prendero, y mientras venía arregló lo mejor que la permitieron los nervios, el baúl, puso en una cajita sus peines, arrojó los pedazos de un retrato, el de él, al cubo del lavabo, y esperó con calma.

Y un hombrón sucio entró con la portera.

—¿Es aquí donde llaman?

—Aquí es. Oiga, excepto ese baúl y esas dos sillas, que son para usté, señora Lucía

—la portera dió las gracias con un gruñido—, vea lo que puede darme por todo.

—¿Por la ropa y el colchón también?

—También.

—Pues, pa que no se diga que vengo a abusar, pues tóo está malo y cosas que se venden sobran a puñaos, me paece a mí que en conciencia...

—¿Cuánto?

—Pues..., pa que no me denigre con el mote de abusón y no cuente a sus amigos que soy un matatías sin conciencia, que no lo soy, palabra, y que aquí la señora y el barrio entero me conoce, yo creo que...

—¿Cuánto...?—insistió ya nerviosa Trini.

—¡Sin prisa, morena, que si se va en tren, hasta la tarde no sale ninguno...

—¿Cuánto..?

—La voy a decir que por tóo, sin el baúl ése y sin las sillas que, generosa, ¡ole su corazón!, regala a la señora y portera, la cual, madrugando, las ha llevao al pasillo, por si se arrepucha la joven, doy, sin poder, porque, es la pura, sobra de tóo a cualquiera precio...

—¿Cuánto..?

—Pues, y no ponga pero de ninguna clase, porque no vale más, doy diez y ocho durazos...

—El colchón vale más de veinte.

—Que l'han engañao a usté, joven; antes, cuando la chamusquina internacional de la guerra, no diré que no, pero ahora, con el tratao de Versalles rublicao por los vencedores y los vencidos, miau; la lana está hoy lo que se dice tirá...

Sonriendo—le hacía gracia el ladino—díjole en firme:

—Si da usté treinta...

—¿Treinta? Ya se contentará usté, y se prohibe protestar, con veinte...

—No.

—¿Ni veintiuno?

—No.

—Pues hasta otra, que no sudo lo que se dice ni un real más.

—Entonces...

—Diga.

—¿Da veintiocho?

—Pa que no quede por mí, y pa que no

diga que tengo palabra de rey, porque pa mi honra soy de la Unión General de Trabajadores, subo la tasa, y me clavo en veintiséis...

La portera intervino, mediadora:

—Pues pa que no sea ni lo uno ni lo otro, veintisiete, ¿no?

El trapero ofreció la mano a Trinidad; ella la estrechó, y a poco eran en su poder las pesetas.

—Salud pa engañar a muchas—dijo, sonriente, la nacida en León.

Y a la portera:

—Guárdeme en su casa el baúl, y del cuarto, ahí va la llave; los días que sobran, si se los da el casero, se los guarda.

Sin más explicaciones, cosa que a la señora Lucía no hizo feliz, pues nada podría hablar de lo ocurrido con las vecindonas, salió a la calle la morena.

Sin titubear, en busca de la calle de San Pedro Mártir, fué al colegio, llamó en el instante mismo que un coro de voces angelicales decía, cantando:

¡Virgen santa, Virgen pura,
Madre del Santo Cordero,
ampáranos en la vida,
recíbenos en el cielo!...;

hizo entrega, a la monja que lo administra, de diez y ocho duros para un trimestre, y a la plaza del Progreso marchó.

Pero a la sombra de la estatua paróse.

Aquella plaza, escena de su vivir turbio y doloroso, le atraía; dijérase que su canalla espíritu la sujetaba, la quería sujetar, con dedos invisibles.

Titubeó.

Junto a la verja, riendo, vieron sus ojos, de brillo de azabache, al quinteto de cojitrancos; regando un macizo, a "Castelar", y a la madre de "las tres gracias", en *su* banco, leyendo *su* periódico.

Por junto a ella, sin ser vista, cruzó "la Cacharro", y "la Estrella", saliendo del antro de "Malagorra", con un carretero hablaba alegre.

La picante escena agradó, alborotó el alma irresoluta de Trinidad.

¿Se quedaría? ¿Se marcharía para no volver?

Un encuentro, el encuentro con Rafa, que de un tupi salió riendo con otros, y al verla ni dióse por "enterao", la hizo decidirse, y, en alas de su amor propio, voló hasta un tranvía, en tanto que él profetizó chulapo:

—¡Esa paloma vuelve, no os quepa ni la más insignificante; almohadas como la de mi pecho, es sabido por muchas que no se encuentran así como así!

Ella, irritada, pues el gesto de él era hasta insultador, quiso bajar para decirle...

Pero el coche, rodando, no lo quiso.

Y cuando el hombre de la billetera preguntóla:

—¿Hasta dónde...?,

tuvo que pararse a pensarlo, y luego, tras un ¡Ah, sí...!, contestó con voz débil:

—Hasta el final.

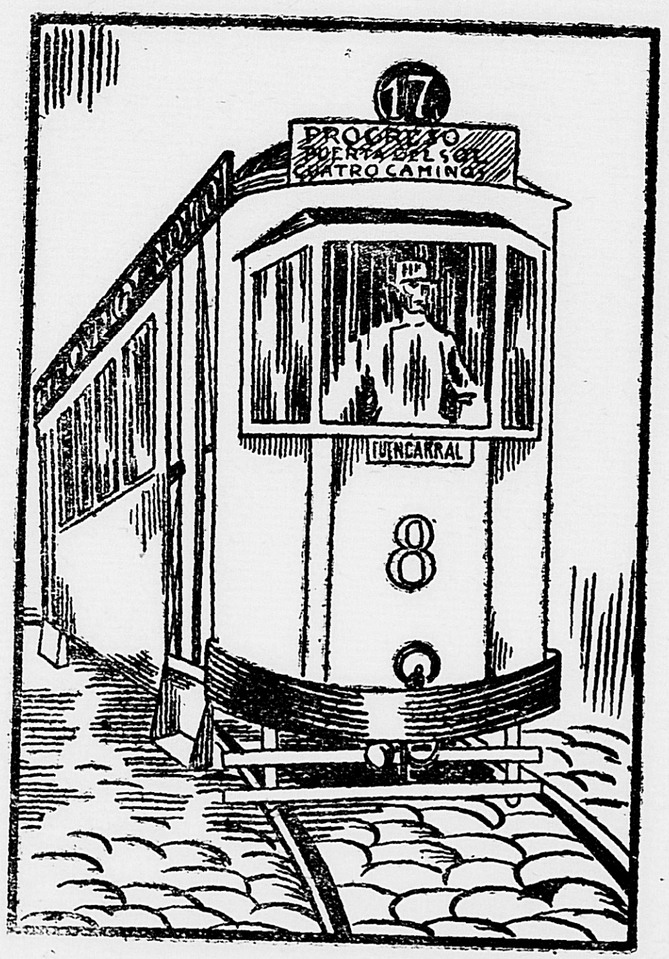
III

PROGRESO-SOL-CUATRO CAMINOS

El tranvía que llevaba a Trinidad a Cuatro Caminos era uno de esos armatostes que la Compañía deja rodar—pintarrajeados como viejos caducos—, debiendo retirarlos a un cocherón en el que dormir hasta que el hacha los convierta en astillas.

Era, por su quejido de hierros viejos y maderas mal ensambladas, tal que un doliente toreador que se quejase de agudos dolores.

Sin embargo, ni la moza, ni los muchos viajeros que en tan lamentable vehículo eran transportados, advertían lo que el motoris-



ta—renegando de la Empresa—notó no más salir para ganar la curva de la calle de Romanones, entrando en la de la Concepción Jerónima.

Patinando, mal subió hasta Carretas, y allí, *gracias* a un carro que enredó su galga con el guardabarros de un camión repleto de cajones, hubo que hacer parada.

El público, tanto del tranvía como de la calle, miró con resignación—resignación un poco zumbona—lo acontecido.

Y uno dijo:

—¡Camará, esta parada debía de tener fonda!...

Y otro:

—¡Cuando llegue, de seguro que el recién bautizao será senador de los más catarrosos!...

Trini, un poco supersticiosa, pensó en si aquel tropiezo no sería un aviso providencial que le dijese: "¡Quédate! ¡No sigas! ¡Vuelve a Rafa!..."

La oscura idea fué perfilándose, y ya iba a descender del vehículo, cuando éste, en un arranque violento, que la hizo dar hombro

con hombro con un, a la estampa, gitano, díjole, en contraposición de lo antedicho, que *su vida* no debía buscarla sino en los altos de los Cuatro Caminos, que tienen por fondo—bello fondo—blanca nieve en desdentados picos.

La cuesta de la rúa que conoció, no hace un siglo todavía, las carretas transportadoras del vino argandeño, la cebada de Móstoles y el yeso vallecano, la bajó el coche entre chirridos de ruedas mal engrasadas.

Ya en Sol acabó de llenarse de viaje.os.

Fanal plantado en medio de la irregular plazoleta, que, como la de Zocodover, "es pequeña para su fama", supo del cruce rápido de taxis, del galopar temeroso de los transeuntes y de la rigidez un poco, sólo un poco, londinense de los guardias con porra.

El publiquito que con Trini marchaba... cuando aquel pesado 17 quisiera marchar por la angosta calle de la Montera, resultóle poco distinguido: un descargador de pellejos, oliendo a pez y vino agrio; una vieja, que no iba en el Metro "por mor" de pescar una pulmonía, por aquello de la *diferiencia* de tem-

peraturas entre lo de arriba y lo de abajo; un *avanzao*, enemigo del oscurantismo, pero amante de las apreturas en las plataformas de los vehículos que más tarden, y hasta una docena de ciudadanos y ciudadanas sin fisonomía reveladora de nada extraordinario.

Gente vulgar, pero buena, al parecer, hizo en "la Leonesa" un efecto grato.

Parecía que la paz interior de aquellas gentes, de corto pero limpio horizonte, la animaban a seguir la ruta de su buen propósito.

Desde la plataforma un joven menestral la miró.

No le conocía, no recordaba conocerle; pero él, sí; él, risueño, la guiñó, picarón.

Por primera vez Trini, avergonzóse de su oficio, y, bajando la cara, no miró más a quien de sobra parecía saber su condición de vendedora de placeres.

Pero el muchacho, que jovencito era, y no feo del todo, aprovechando el descenso del viajero vecino a la moza, al asiento vacante fué.

Al notarlo, retrepóse una miaja Trini; pero el joven, notándolo, musitó caricioso.

—¡No te asustes "Leonesa", que soy de los buenos!

Sorda al dicharacho, tuvo que oír más:

—¿No te recuerdas de mí?—la dijo—. Fué un día en la Pradera; comimos churros, *montemos* en *la ola* y, a la postre, recalamos en un reservao de la calle de la Cabeza...

Tampoco—aunque viera con *el pensar* todo aquello que el mozo decía—contestó Trini.

Y cuando, más decidido a que recordara, dijo algo gachonamente incitador, replicóle ella, con un tono grave:

—¡Déjeme; no soy la que usted me dice!...

Boca de a vara puso el muchacho, que, reponiéndose de la sorpresa que aquella salida le produjo, añadió, chulapo:

—¿Que no eres tú "la Leonesa"? ¿Que no tiés tu... comercio a la sombra de Mendizábal? ¿Que no te ganas los gabis mirando al cielo?...

Como lívida protestase, un viejo, en papel de Quijano, encaróse con el enamorador, para decir:

—¡Déjala en paz! ¡El que sea o no sea lo que dices no importa nada; lo que importa es el que no quiera ser lo que tú aspiras a que sea; por ende calla, y pronto; no busques flores donde sólo, a lo que miro, hay espinas amargas!

Tan discreto decir tuvo el beneplácito de cuantos lo oyeron, y el mozo, corrido, buscó la plataforma, el estribo después y la calle al fin.

Cuando esto pasaba era el coche loca centella por la lisa calle de Bravo Murillo.

Y la pucela, que un instante tuvo el valor de imponer su deseo honrado, animóse.

El cruce por cara a los jardincillos del Depósito de Lozoya—a la sazón verdes—alegróle sobremanera.

Siempre supersticiosa, vió en la mancha que simboliza la esperanza un buen augurio.

Más aún, contó el número de viajeros; eran veintidós, y por ser par, lo tuvo por buena sombra.

—¡Si son diez y nueve o veinticinco, la desgracia!

Cuando, llegados a la plazoleta que pron-

to será un remedo de la Puerta del Sol, que tanto no le falta, ya que hasta su antigua fuente luce, titubeó la paisana de Guzmán el Bueno.

Pero instintiva, acordándose de la hija de su entraña, del proceder sucio de su "lobo" y de la bondad de Luis—deseoso, cada vez con más ahinco, de salvarla—, a su encuentro fué, no sin antes mirar a un letrero, el primero, el de la primera tienda del barrio... "La sin rival. Vinos y comidas".

¡Cómo alegróse al leerlo!

Preguntado a lo misterioso si con Luis sería dichosa, la *s* de sin anteponiéndose a la *n* se lo garantizaba.

Y no dudando ya, hasta la casa en que el chófer vivía marchó.

Un nuevo motivo de gozo salióle al paso.

El bautizo que pensara perder aquel zumbón viajero vino en su busca, y por un instante vióse la joven leonesa entre la vocinglera chiquillería que tras los padrinos gritaba.

Y fué dichosa un segundo.

Y, recordando, hasta advirtió que una lágrima inoportuna rodaba por su mejilla y caía en su boca.

Y, cosa extraña, a dulzura le supo...

IV

EL VICIO ATRAE MAS QUE LA VIRTUD

El papel de "honrá", tanto en la vida como en la escena, no es tan fácil "de hacer" como muchos dicen. La compostura, el limpio modo, cosas son sin lucido relieve, que precisan destacar a fuerza de fósforo, en tanto que la coqueta, el papel de coqueta, está al alcance de la que sonría intencionada, guiñe tunanta, y pícara muestre sus bien enfundadas pantorrillas.

Cleopatra, la orgía, nunca pudo, aunque a veces lo quisiera, ser decencia como Raquel, y es ello, lector, porque "salir" en el Alkázar se me antoja más fácil— desde el punto de

vista de lo bonito y no de lo bueno—que en el Español, pongo por escena de buena costumbre.

Así, aunque la cosa no tenga una relación muy directa, ha de decirse que en el tablado de Cuatro Caminos, Trini, aun aniñando sus picardías, aun componiendo sus maneras, pregonaba su anterior vivir.

—Yo no sé—pensaba una vecindona—, pero, la verdá, esa que ha hecho montón con Luisillo, el chófer, me huele a moka de tupinamba...

—¡A mi chico, que vive de noche más que de día, le suena su jeta y voz!

—¡Y mi marío jura, aunque es de la vela, que l' ha visto no sabe en qué lao, pero que en las Salesas Reales no ha sío!...

Desde la mañana que Luis y Trini se buscaron para, en buena armonía, vivir juntos, hay que reconocer y aun proclamar, que si el chófer era amable, la moza se lo agradecía con afecto.

La satisfacción santa de poder vivir en un limpio hogar, el cuidado de hacer esas minúsculas cosas que una casuca con sol y flo-

res pide; el gozo de verse amada, noblemente amada en el lecho que ya no se alquila como ella se alquilara cuando, a la sombra del gran hacendista masón, vivía, halagaron a "la Leonesa" de modo total.

Ahora que...

Como el diablo nunca duerme, y hasta en los sueños se adentra maligno, en los de Trini metióse, y no hubo noche, cerca del hombre bueno, que no viera al hombre malo, que no disfrutara de su gozo, que no hallase en el granuja más regocijo y apetencia que en su Luis "del alma".

De aquel trajín, soñado, escapaba Trinidad rendida, con dolores en todo el cuerpo, con ojeras profundas, con un desasosiego que, a solas, era llanto.

Y rezó, y pidió a la Virgen ayuda; pero las oraciones no dieron fruto, que volvía el de Abades a su inconsciente maquinar, recordando las horas más vivas del pasado trato...

Y sin querer comparó, y al comparar, siempre era Luis el derrotado.

Sin embargo, para no volver a exhibir sus

carnes ante los compradores de caricias, se aficionó al lavoteo de la ropa, al cuido del fogón, al repaso y zurcido...

Y un mes, tres, cinco, pasaron.

Como era prudente, las vecinas aceptáronla en sus corrillos, y como leía entonada, al modo dramático que se lee en los conventos, lectora fué de ciertos novelones, que si poco literarios, llenos están de un bueno y noble sentido, pues la decencia triunfa en ellos y la maldad sucumbe completamente aniquilada.

Con el espaldazo aquél la paz vino a su corazón.

Muchas tardes de jueves, día que las colegialas disfrutan de paseo, al encuentro de su hija fué, modosa.

Y la habló amante:

—Has de ser muy buena, y has de obedecer a las hermanas, que tan santitas son; y ahora dime, ¿te acuerdas mucho de mí?

Una monja, la celadora, que no más verla llegar, junto a ella se ponía, contestó sonriendo:

—¡Oh, mucho! En sus oraciones, antes que por nadie, pide por usted...

—¿Por mí?

—Por su salvación, sí, señora.

El decir fué amable, pero firme, y por eso, al notarlo, preguntóse la pecadora, con miedo:

—¿Se habrán enterao ya...?

Imposible saberlo; a su mirar escrutador, un frío mirar contestóla, y así, emocionada, avergonzada, buscó la carita de su hija para regarla con llanto, para sembrarla de besos.

Pero como la paz no quiere Dios, casi nunca, que sea para los que la necesitan, Luis supo, por un mal compañero, que el de Abades, a cuenta de su rabia, iba pregonando, jaquetón, "que en cuantito que a él le saliera del pajolero gusto, ella volvería como una cordera al redil de sus brazos".

Rióse Luis de la fanfarronería. Con ella lo comentó, y a poco, sin motivos, en celoso vino a dar, hasta prohibir que saliera y que con las vecinas hablara.

Y de momento ella pensó:

—¡Eso es que me quiere!...

Pero recordando al otro, que nunca la pidió cuentas, si no eran de las de ganancias,



sospechó que era mucha tiranía la del chófer, sobre todo sabiendo y habiendo estado conforme en perdonar su pasado

Y se dijo:

—¡Si tan siquiera fuese su mujer, pase; pero yo no soy, a la presente, más que su amiguita!...

Una rebeldía constante arañó en los bajos instintos de la hembra, y aun cuando no carecía de nada, y el colegio de la niña estaba pagado, pues así lo quiso él, por un semestre, la reclusión era un sufrir muy grande para quien gozó de una libertad absoluta siempre.

Sin embargo, nada dijo; hasta que una noche, a la vuelta de un paseo, topáronse con el viejo "Castelar", que, tras felicitarles, noticias dió de lo que, en broma, llamaba su reino.

—Aquello ha cambiado mucho: "la Cacharro" murió de una pítima de Cazalla; la peque de "la Agüela", en las Arrepentidas, por menor de edad, la metió el señor gobernador civil; la otra, la segunda, veraneando, y dicen que pa mucho tiempo, en San Juan...

de Luz, y la única que le quedaba, ha desaparecido del escenario tal y como si se la hubiera tragado la tierra, con un minero de por Asturias...

—¿Y la madre, qué hace sin su ganao?...

—Llorar y jurar. Arruinada del todo, dice el cojo andaluz que ha quebrao *su* banco; ella, cuando le oye, le insulta y, como no puede correr, le tira del pelo.

No gustó a Luis aquella conversación, y, sin ocultarlo, despidióse.

Y, por si "te gustaba oírle", o por si dejó de gustarte, discutieron.

Aquél fué el primer nublado de la tormenta que ella desencadenó contestando de agrio modo:

—¡Pues hijo, ni que me hubieras conocido en casa de los duques de la Corona!

Por poco la pega.

Pero no fué así, que limitóse a lamentar el encuentro, y a aconsejarla, para lo futuro, el "ni tan siquiera" acordarse de los días pasados.

—Tu vivir a mi lao es decente, ¿no?; pues si lo es, borra todo recuerdo de lo de antes.

El tono protector, la manera que a su orgullo de hembra nacida para jugar con los hombres parecióle denigrante, la exasperaba.

—¡Que tenga una que aguantar y agradecer eso que parece limosna, cuando una ha traído a tantos de coronilla!...

Sin embargo, pensando en la hija, calló.

Pero otra vez el diablo vino, con mala sangre, a enredar la madeja.

Fué en el atardecer de un domingo. Cantaban las gentes—plenas de mosto y de carnalidad—la vuelta a Madrid; en los merenderos, los organillos desgranaban sus desafinaciones y estridencias; por tras los pinos azules del Pardo se hundía un sol congestionado, de cara de beodo.

Rafa, del bracero de una real moza, morena como ella, sonreía.

Creyó morir. De no agarrarse a un brazo de su hombre, es seguro que cae al suelo.

—¿Pero qué te pasa, te mareas?

Dijo un "sí" leve; miró hacia donde segundos antes había mirado, y ya no los vió. La marea del gentío tragóse a la pareja.

Aquella noche no pudo dormir, y de ma-

ñana, tras él, que con el coche salía a su punto, buscó el Metropolitano; dijo la dieran un billete hasta la del Progreso, y en la plaza pudo saber...

Pudo saber que el de Abades era novio, al mismo tiempo que de ella, de una Jesusa, moza de bar, y cuando "pintaban oros", tanguista.

—Pero...—con angustias preguntó—¿es verdá todo eso?

—Por mis muertos que sí.

—Entonces, ¿si la tenía y me tenía a la vez, a cuál de las dos prefiere el sinvergüenza?

—¿Dormía a tu lao? Pues la cosa es clara: a ti. Además, me consta, porque mi novio, que es su amigo, me lo dice, que tú y sólo tú, por el aquel del genio digo yo que será, le interesas, hasta no hacer más que decir, y por la boca muere el lenguao, que en cuantito que te coja te va a dar más pinchazos, ¡de boquilla!, que agujeritos tié un palillero.

¿Para qué saber más? ¿No la quería? ¿No la recordaba? ¡Entonces!...

Y sin pensar en lo conveniente ni en lo

digno, ni en aquel Luis, cada momento más enamorado, ni en su hija siquiera, a la tasca, su despacho, fué.

—Pues no está; puede que no tarde...—la dijo el medidor.

De lo oscuro, un hombre, un chulo explotador, como él, vino a saludarla.

—¡Poquito que va a alegrarse con la visi! —dijo sonriendo.

—¡Pero si no le aguardo!—repuso áspera.

—¡Pues poquito que va a sentirlo!—suspiró, cómicamente, triste.

Después, convidada por el amigo, dijo, para marchar:

—Como me consta, y no sé fingirlo, que le quiero, aunque de paso sepa que es mi ruina, y como sé, si no me han engañao, que él también, aunque no tanto, me quiere...

—¿Querer? ¡Más, más... que Daoiz a Velarde!

—Pues por si eso es verdad, que tiempo hay de confrontarlo, le dices de mi parte que tié que dar el canuto a esa Jesusa que tanguea y, a ratos, sirve mitá y mitá en un tupi,



y que si con la entraña me quiere a su lao, tié que recibirme como yo me merezco.

—¡Con palio!

—Tanto no.

—¿Que no? En cuanto lo sepa, más que tenga que llevar al Monte toa la ropa, y ahora está fardao, contrata a la de Alabarderos na más que pa que se toquen la de "presenten armas"...

Esponjóse la hembra.

—¡Ole!—dijo ya en vestal de la estatua de don Manuel—. ¡Hasta pronto!

—¿Pronto?

—Sí; hasta dentro de un rato. ¡Ah!, y le dices que se conduzca por lo decente, que a lo peor me filtro por las paredes como en el *Tenorio,* y el susto va a ser de aúpa...

Así fué: por la noche, dejando a Luis una carta, esa carta que con zozobra escriben los administradores ladrones y los suicidas cobardes, escapó. pero escapó dispuesta a no volver.

Su dignidad, ¡su dignidad! de hembra jurólo así:

—¡O con él, o en la cárcel, o en el cementerio!

Parece risible tal dicho; pero no lo es, por cuanto las gentes sin pudor, a la tragedia van por lo que ellas dicen su "vergüenza", y es que en tanto los normales acatamos las órdenes dimanadas del cerebro, ellas, las mujeres más que los hombres, obedecen a los mandatos imperativos de su bajo vientre, y ya es sabido, por la crónica, que las locuras de ovario son las más sangrantes locuras.

Y con él durmió como deseara.

Sin tragedia; sin intervención de los de Seguridad; sin puntos de sutura en la de Socorro, fué lo que fué.

Rafa, práctico, a fin de que el choque en el tupi no diera motivo a trastornos, siempre molestos cuando son mujeres las que riñen, por aquello del moño y los síncopes, vino en su busca.

En la taquilla del Metropolitano fué el encuentro.

—¡Uno hasta Sol!—dijo Trini a la señorita que despachaba.

Y él, que cosido a su falda iba sin ella notarlo, rectificó, suave, cariñoso:

—... ¡Que sean dos, y cóbrelos usté de su peseta!...

V

SURGE LA MADRE

Luis tuvo intenciones de buscarla y castigarla; pero, ¿para qué? Lo mejor era olvidar, borrar del cerebro y arrancar del corazón a la mujer loca que, teniendo paz, busca inquietud.

—A fin de cuentas—se decía—, el que merece más castigo soy yo; yo que, estúpidamente, creí fácil hacer de una gallina una paloma.

Y convencido—muchos somos los convencidos—de que la mujer golfa no tiene arreglo—aunque la exaltación de algunos líricos crea otra cosa, y, también, de que la preten-

sión noble de salvarla es vana pretensión—, como lo sería la de convencer a un puerco de que el fango es sucio, dióse a vivir alegre, comprando amor al paso.

Y ella—a veces hay que creer en algo—tuvo su castigo, que el de Abades se impuso, fiero; la atemorizó despiadado, y en cuanto a las recaudaciones, hizo, para su bien y mal de ella, que trabajase horas extraordinarias.

Hubo más, hubo que la complicó, sin pizca de remordimiento, en asuntos graves de robo. Para ello, y por trato con unos apaches y sus coimas, trasladáronse, aunque ella, sintiendo la nostalgia de la estatua de Mendizábal, la visitara a menudo, a la cochambrosa y obscena calle de Hita, y vistió de lo bueno, y usó "chapiris" que no caían mal en su cabeza de gorrión.

—Tú no tienes que hacer nada—la dijo mandando—, la actuación es mía solamente.

Tembló la primera vez; un poco menos, la octava, y ahora, la centésima, ni pizca.

El robo era el que dicen "del gato", y en Francia denominan "entôleur".

Y consiste...



Cazado el "recental" es la mujer, excitando siempre, la que al redil, vulgo alcoba, lo lleva; allí, cara a cara, cuerpo con cuerpo, instinto frente a instinto, fingiendo rubores, pide mimosa:

—¡Apaga la luz; como soy nueva, siento una pizquita de pudor, y...!

El lanudo, de ordinario listo, es un topo (a casi todos nos convierte en eso cualquier mujer), que cree en la verdad de aquella femenil vergüenza, y, claro, se entrega a la pícara, como el buey al yugo.

En esto, Rafa, o Rufo, o simplemente Paco, que antes de llegar la pareja se esconde bajo la cama, sale sin ruido, busca a tientas la ropa del pagano, de ella quita el bolso o la cartera y...

Ella, que jura haber oído que el gato, un gato al que quiere como a un hijo, ¡si vieras qué hermoso!, anda por la alcoba, se levanta a oscuras, abre la puerta, lo hace salir... a gatas..., y luego, más amante que al comenzar, se muestra generosa hasta rendirse y rendir al robado.

¿Después?

—¿Cómo, que no tienes dinero para pagarme? ¿Que te han robado la cartera?...

Las preguntas, mezcla de desconfianza y de sorpresa, hacen que el desgraciado jure que cuanto dice es verdad.

Entonces la "ella", Trini, se yergue grave:

—¡Supongo, caso de que lo que dices sea cierto, que no dudarás de mí, ni de esta casa, que es muy digna!

Como recela el hombre, la mujer grita:

—¡Yo soy una golfa, pero soy una golfa "honrá"!...

El "vaciado", padre de provincia, frecuentemente, no va, le dá miedo, al escándalo; telegrafía a "casa" pidiendo que giren, y luego, en "su" casino, cuenta cómo roban, sin decir que a él, a los paletos en Madrid.

Pero no se contentó el "Bonito" con faena tan modesta, que comanditándola con una tal Margot, francesa de por Quintanar de la Orden, a más altas especulaciones de peligro, peligro para ellas, quiso dedicarla.

—¡Por tu madre, no me hagas "de" robar! —decía enclavijados los dedos y con las rodillas en las baldosas—. ¡Haré lo que quie-

ras de... lo otro, te daré cuanto gane, pero eso, eso no!...

Como con golpes ni con mimos la convencía, usó de los "achares".

—Pues si eso no, que a la postre es menos denigrante que lo otro, pira y vete al guano, que a puñaos, y en turno, tiene mi persona "chais" que me sirvan!...

Tuvo que ceder, y, temblando, actuar de mechera.

Fué una época de sobresaltos, pero de alegre abundancia.

Con su "comandita" y con Rafa, que alguna vez actuó de "tabique", hizo la "Leonesa" robos "preciosísimos"; a lo menos eso decía él.

Sedas, frascos de perfume, zapatos, cosucas de bazar...

—Sin embargo—dijo Margot, de acuerdo con él—, el negocio "super" no lo hemos intentado aún!

—¿El negocio? ¿Qué negocio?

—El de las joyerías...

Ojos de a cuarta pusieron Rafa y Trini; los de él, avaricia dijeron; los de ella, susto.

—Es muy interesante, es un trabajo fino; quien me lo enseñó fué un futbolista de Marsella que lo calificaba de "científico"; ¡claro que él llamaba científico a todo, hasta a las "patás" al balón!...

Pidió el de Abades que explicara lo que decía, y la de por junto a Quintanar lo explicó:

—Consiste el "negocio" en operar allí donde, habiendo poca dependencia, haya muchas alhajas, cosa que ocurre en Madrid más que en otro sitio, por aquello de la economía del patrono; pero dejemos esto, que corresponde a Saborit, y diga yo lo que interesa.

Hubo una pausa, que ella aprovechó para darse polvos y los amantes para mirar cómo se los daba.

—La cosa—dijo de nuevo—es sencillísima, sin riesgo alguno; si lo será, que no se ha dao el caso de "caer" ni una vez siquiera!...

—¡Digo!...

—Se garantiza el resultado, como dicen los tenderos; pero para el golpe hace falta, además de las dos mujeres, nosotras, que como señoronas hemos de presentarnos, una niña como de seis a ocho años, viva, travie-

sa, pues sin la nena en cuestión no puede haber "sainete"...

Interrogando, miró el chulo a su moza que, pálida, diciendo que "no" con la cabeza, clavó su mirar en el suelo.

—Sigue—pidió Rafa, tras guiñar un ojo a la explicadora.

—Pues, como decía, la cosa ensayada, se entra, entras tú al comercio, pides con voz de rica, es decir, mandando, que te enseñen joyas pa regalar; el tío, que a lo que está es a vender, saca dos, cuatro, diez joyas... Entonces tú, la mujer que lo haga, con disimulo, estando el comerciante distraído, tira al suelo la que más agrade o parezca mejor, y la pitusa, que habrá estao moviéndose de una parte a otra tó el rato, se agacha, coge lo caído, lo mete en la sombrilla o paraguas que lleva la mamá y...

Con angustia escuchaban los amantes.

—... y en esto, la otra, yo, que entro, y en francés, que pa eso lo aprendí con el de Marsella, pido, sin mirarte, cualquier cosa: una cadena, una sortija, y, mientras me la traen, pa no gustarme y largarme en seguida, cam-

bio contigo el "parapluie" o la "ombrelle" y... "Au revoire..."

Con entusiasmo, palmoteó el "Bonito".

—¡Vaya negocio de importancia!—gritó.

—¡Como para sacarnos en un año, entre Madrid, Barcelona, Bilbao y San Sebastián, una millonada de pesetas ricas!

El silencio, por parte de Trini, fué huraño.

Rafa la miró, y ella, de pie, dispuesta a marchar, con voz firme, sin temblores, dijo en respuesta a lo mucho que significaba el mirar de su hombre:

—Nunca, ¿sabes?, nunca, y, además, porque no te creí tan malo; adiós para siempre...

—Pero, Trini...—la sujetó, cariñoso.

—¡Nunca! De mí, hasta el pan ganao con la honra, pero ella no, ella es sagrada.

—¡Pero!...

—¡Quita!...

Y con una fuerza que él no sospechaba, lo apartó brusca para abrirse paso.

En la calle, entre hombres que deseándola la miraban hambrientos, y entre disparos de picantes piropos, avanzó gallarda, satisfecha de su victoria.

¡La madre había vencido a la mujer!

VI

CUPIDO ESTA LOCO

... y de nuevo tornó a su reino de soberana golfa en la plaza del Progreso.

"Castelar", como antes, le habló con cariño.

Muchos pensaron, y aún puede que algún lector de esta pobre historia lo pensara también, que el guarda sufría por la joven una de esas pasiones seniles que hacen deshonrar las canas; pero no, no había tales carneros.

La razón de que con Trini hablara más que con ninguna, tenía la razón de un tristísimo drama que nadie más que ella supo; un drama, ¡pobre "Castelar"!, espantoso, más espantoso hasta entonces por callado.



El buen jardinero era viudo, muchos años hacía que lo era, y en la soledad de su viudez tuvo el consuelo de vivir para el amor de una hija morena como Trini, y como Trini, desgraciada.

—¡Un mal hombre, al que maté, y por bien matado salí libre, la engatusó a la pobrina, palabrero; loca me la puso con su cháchara de maldecío tenorio!...

Descansó, respirando con ahogo.

—Un día, como a ti te engañaron, la engañó a ella, y como a ti, una vez engañá, la dejó el granujote. Yo, claro es, en el Limbo; ni sabía ná ni sospechaba ná, pero una noche, al volver los dos de la faena, me fijé, y me asusté de mirarla la mal color y las ojeras que, por lo negras, eran tal que de luto riguroso. Pintarse no, me dije, ella no hace eso, ¿entonces?... Con miedo, con pánico de encontrarme con alguna cosa que no fuese de recibo, la dije: ¿qué tienes?, y la pobre, que ya no podía con su desventura, me la soltó, me la echó sobre el alma, que por poquito me ahoga. De momento, es natural, quedé tó yo como si fuese de corcho, vamos, así como para-

lizao, como si no pesara, como si fuera a caer siete estaos de tierra pa abajo, o a irme más allá de las nubes...

—Siga.

—Después, reaccionando, sin decirla mala palabra, quise saber cuándo, cómo y quién, y, ¡qué dolor!, de rodillas, con la cabeza sobre mis piernas, lo dijo todo, todo, con detalle... El ladrón, el guapo, era un señorito de posibles que, por aburrirse mucho, se entretenía en cazar mujeres. En la Cuesta de las Perdices, ese cazadero de pobres hembras pobres, era parroquiano de los de "punta", y como era rico, las pagaba, y como era noble, que pa serlo tenía un título, las "lanzaba", que creo que se dice así. Claro, que a veces ocurría que alguien, como yo, protestase, y entonces ofrecía billetes. Conmigo quiso hacer eso, pero le salió la burra falsa. ¡Que no! —le dije—. Usté ha hecho el estropicio de deshonrar a mi hija del corazón, y aunque le odie a muerte y nunca más le dirija la palabra, cumple usté con ella como un hombre; ¿que a qué llamo yo cumplir? Pues a lo que es cumplir, a casarse con ella, como Dios

manda. ¡Habías de ver la cara que puso el tío; pues, y la que puse yo! Con decirte que hasta mil duros me daba si me avenía a conformarme sin las bendiciones...

Para secar sus labios descansó el jardinero, que luego dijo:

—Total, y acabando, que una tarde, a la puerta del casino en que era socio, delante de señorones, que condenaron la manera con que me trataba, después de suplicarle, después de aguantarle hasta que casi me escupiese, le cogí de la chaqueta, ¡tós, de pie, miraban!, y me pegó, y me tiró al suelo, y cuando se iba satisfecho de haberse atrevido con un viejo, al que había deshonrao, me fuí a él, y sin armas, con los dedos na más... ¿qué voy a decirte?, como un pelele roto se quedó pa jamás... ¿Después? Muchas cosas, y, la peor, que estando preso, vino su parto, y puede que, de vergüenza, se murieron ella y la cría...; pero mi dolor, ¡Dios la ampare y la perdone!, fué cuando supe que se había muerto queriéndole y recordándole más que a mí...

Mudos quedaron.

Las palabras finales habíanse clavado en el alma de la "Leonesa".

—¡Le recordó muriendo!— se decía—. ¡Amó al que la mataba!...

¡Igual que ella; exactamente como ella!...

Pues el de "Abades", que fué su explotador y su martirio, era también su amor más grande.

Y no volvía a él temerosa, ¡Dios mío, eso no!, de que si insistía, si trabajaba su ánimo, pudiera conseguir que la nena, su amor limpio, supiese de ruindades y de deshonras. Por lo demás, pensaba en él, sufría por él, y como, cuando como ahora, presa Margot, huída la tanguista, loca la literata, volvió a ella, esfuerzos gigantes hizo para no abrazarle loca.

—¡Mira que te quiero! ¡Mira que sin ti es imposible que me pase! ¡Mira que, canalla y tó, estoy mochales perdío por ti!...

No mentía, a su manera amaba a Trini; las compañeras de mal trato se lo dijeron machaconas:

—¡No te desprenderás de él ni con aguarrás!... ¡De ciento y la madre que le hemos

conocido, sólo por tu cuerpo da volteretas! ¡Si te niegas a la soldaúra, pa mí que salís en los sucesos!... ¡Ya pués estar orgullosa!... ¡Te tié mucha ley!

La nota dramática, que es la que más gusta a las míseras mujeres que por horizonte no otean más que la cama de un hospital, salió al tablado, y Trini, riendo, sin sentirlo, porque la amenaza dicha la notó, hiriente, en la entraña, contestó a las tres que lo dijeron:

—¡Que se pudra y trague vitriolo, que bastante he sufrido por él y con él!

—¡Es que ése te marca!...

—¿A quién, a mí?...—y rió con más fuerza.

Aquella noche, pronto sería Carnaval, dijo a "Don Rochil" que la trajera, porque pensaba divertirse de "largo", un traje de bebé color rosa.

Las compañeras celebraron la petición, y una "novata", que se decía maestra "fracasá", dijo:

—¡Oportuno el disfracito ése, que eso eres y eso somos, aunque, por lo chulas, nos crea-

mos lo que no es: unos bebés estúpidos, majaderos!

Una estudiantina, cruzando, hizo que todas, menos Trini, corrieran para ver y oír.

Ella quedóse en lo oscuro, a la sombra de la broncínea estatua.

Y, así, sola, triste, vió con inquietud que él venía a su lado, para decirla implorador:

—¡Tiés que quererme!...

Fría, repuso:

—¡Nunca más, Rafael, para prueba ya fué bastante; búscate otra!...

—¡A nadie quiero más que a ti!

—Prueba.

—¡Es que tiés que ser tú!...

—No y no...

—¡Pues sí y sí!—replicóla conminador.

Con calma, que puso trémolos de cobardía en las palabras, volvióse a preguntarle:

—¿A la fuerza tiene que ser eso?...

—¡Como sea, pero será!

—¡Sabes que me das miedo, nene!...

La burla hizo huraño al hombre, que, frío, continuó, triste:

—¡Más miedo me doy yo a mí mismo, por-



que sé que por tu culpa voy a perderme; porque sé que aun siendo cobarde, no me da vergüenza decírtelo, tendré valor para...!

—¿Para qué, Rafa...?

—¡Para matarte si no me escuchas!...

Una mueca de miedo, que se puso disfraz de risa, vió el de Abades en la boca fresca de la muchacha.

Y como volvían las trotonas, y una de ellas, viéndoles, cantó mordaz:

"Niño, esto pasa de broma;
sólo sufriendo me buscas,
si ríes, ríes con otras",

separóse él con la barba hincada en el pecho.

VII

¡LO QUE NO SABEN LOS JUECES!

Llueve a hilo. En los charcos tiemblan las luces. Hay en la plaza olor a tierra revenida, olor a fecundación aprovechada.

Cruzan los transeuntes, chapoteando y maldiciendo; el amor que al paso se ofrece, se desprecia, y las míseras guardadoras de la estatua de don Manuel—así lo llama "Castelar"—pasan y repasan las aceras fangosas mostrando sus disfraces de mascarita.

Roncero, dando tumbos de aquí para allá, va un borracho; a una, la mayor de "las tres gracias", que ha vuelto, como todas, al vicio ruin: veneno que las mata y gusta, la dice chusco:

—Oye, riquito bebé: ¿quieres una tetita? —y muestra, grosero, por bajo la chaqueta, reluciendo por el agua, el pezón de una bota de vino.

Un grupo algarero que, para mentirse alegría, alborota, atraviesa los jardines pisando las plantas, y el "Herodes", que hace la guardia de aquel día, sale, tralla en mano y juramento en boca, hasta donde los intrusos ríen.

—¡Caaa... jones! ¿No podríais pisar, en vez de en esto, en la podría cara de vuestra quinquillera madre?...

Suena detonante el insulto. Los de la cuadrilla vuélvense airados contra el guarda, que espera.

—¡Repite lo que has dicho, so mamón!... —ruge uno, que a él va demente.

—¡Quieto, pollo!—le contesta el de Pinto, sacando un arma que brilla siniestra—. ¡Quieto, y atrás, que te la hincas si no!...

El miedo deshace el rebaño; unos huyen a esconderse en las madrigueras del Metro; otros, buscando la rodela de un coche, van hasta el punto; el que dió la cara no puede

huír, y con la "dignidad" de un amor propio inútil, torna a insultar al jardinero:

—¡Gallina, tira ese arma o dame otra igual pa que nos matemos! ¿No ves, cobarde, que hay ventaja a tu favor?...

—¡Atrás!—ordena el que no las tiene todas consigo.

—Si eres hombre—el valor (?), en su grado máximo de estupidez, acaba diciendo—¡tira!; ¡¡dispara!!...

No tira el "Herodes", sabe que siendo lo que es, y por lo que es, no puede matar sin que recaiga condena y, amenazando, se defiende.

A las voces del loco, vienen los guardias, que, claro, dan la razón al jardinero, y por resistirse, amarran al otro.

—¡Pisoteó los macizos! ¡Se burló de mi autoridad!...

¡Oh, eso nunca, la autoridad es lo primero, y así, el mozo va preso entre los guardias!

La protesta del conducido es escándalo, que, sin el peligro del disparo, junta a las

gentes, saca de las tabernas a los bebedores, despierta a los siempre dormidos cocheros.

Aún se oye:

—¡Cuando me suelten, te atravesaré el corazón, hijo de una cabra!...

Ha vuelto la paz al lugar que un día, por ser convento, cuando la matanza de frailes, supo de crímenes ciegos, de asesinatos tan feroces como inútiles.

Una estudiantina, puede que la de "entonces", pasa maltocando un fox.

De un tupi sale, antipática, una cantata de gramófono.

La oscura calle de San Pedro vomita a los cinco cojitrancos que, amparados por un cartel: "Beneméritos de la Patria", y en la compañía gangosa de un acordeón, que toca el que, por no usar muletas, se arrastra, salen a pedir, disfrazados con camisola, calzoncillos largos y unas cintas de color al pecho.

Frente a la aguardentería se paran, se agrupan, y groserotes entonan unos cuplés canallas.

La misma gente que minutos antes tembló cara a la tragedia, ríe ahora a mandíbula.

Las pucelas acuden a la reunión; malo será que no topen con alguno de los que escuchando ríen groseros.

Todas van, todas menos Trini, que bajo su mantón oscuro oculta el rosa de un disfraz de seda.

Ha salido aquella noche por costumbre, porque no sabría vivir sin pasear la plaza de su pecado.

No se olvida de lo que pasó.

—¡Te mataría si no me quisieses!—la dijo sombrío, y ella presiente que sí, que la matará.

Por eso teme.

La noche, cada vez más cerrada, la asusta.

—Yo debía marcharme—se dice, pero no puede; hay algo que la sujeta, que la detiene en la noche lluviosa.

Y creyendo que al buscar cobijo en la portalada del colegio de su nena la paz vendrá a su inquieto corazón, angustiada va hasta él.

De tinta es la calle; al fondo, sima muy negra. Todo duerme, ni una luz en los balcones.

La lluvia, al caer, bisbisea, parece orar.

Trini lo hace y piensa en la que tras el muro quizá sueñe con algo limpio y santo.

¡Qué bien se está allí! No pasan hombres; las compañeras, unas a los bailes, otras en la plaza, la dejaron sola.

¡Qué bien se está allí! De allí no marchará hasta que amanezca, hasta que la voz de la monjita que, para despertar a las colegialas, grita siempre: "¡Viva Jesús!", suene.

Pensándolo está cuando por una mancha de sombra, reptando, llega un hombre.

—Buenas noches—dice.

—¡Oh!...

Es él, pero no lo parece; su empaque, altanero, ha desaparecido; su ademán, alegre, ahora es triste; un hosco ademán viene con él.

La mira; la remira taladrante.

—¡Ven conmigo!—la dice.

Ella, dominada por algo que vale más que su instinto, responde:

—¡No!

—Vente—masculla sordo el galán—. ¿No ves cómo te quiero? ¿No ves cómo me rebajo y suplico?

—No, ahora no...

—Pues ha de ser ahora...

—¡No!...

—¡Te quiero más!...

—Y yo a ti; pero no, no voy.

Insiste el hombre; turbada, aturdida, niégase de nuevo la mujer.

Hay un momento de respirar jadeante, que casi une una boca a otra boca.

—¡Ven!—ordena con una voz de timbre nuevo el de Abades.

—¡No!—responde ella, firme.

—¿No?

Es un segundo, es el instante cegador en que el rayo traza su rúbrica de llama. Un arma brilla. Tras el fucilazo no viene el trueno, viene un ¡ay! angustioso.

—¡Me has matao!...—clama con hilo de voz la Trini, sujetándose el pecho, que pa-

rece rasgarse para caer al fango que reluce.

El terror ha dejado sin pulsos a Rafael.

—¡Te quería, y por eso...!—dice, tratando de ampararla.

Y ella, mirando a lo oscuro, suspira:

—¡Y yo...; pero...; escapa...; niega...!

... ...

Sobre la cama de operaciones está la mísera.

—¡No hay salvación!—musita un médico—. Es asunto de pocas horas.

En torno a la moribunda se ve al juez, que, obstinado, sabedor de que si no acucia la muerte llegará con sus misterios, interroga gritando:

—¿Sabes quién te ha herido?...

—No—responde la "Leonesa".

—¿Ni viéndole ante ti?...

A eso no replica; cerrando los ojos, calla.

Hay algo de inquietud morbosa en el ambiente.

Los facultativos, estudiando, observan avarientos; el juez no ceja, testarudo, sin



cuidarse más que de su lucimiento, de interrogar.

Un joven camillero laméntase, mirando las carnes de la herida, de no haber sabido que por la del Progreso andaba.

En esto, entre guardias, llega amarrado un hombre: el de Abades.

El juez, con la maligna delectación de descubrir al asesino, con mirar que pincha y voz que rasga, acusa preguntando:

—¡Usted ha sido, usted el que...!

Se acuerda el mozo de las palabras de ella: "¡Vete! ¡Niega!..." Y dice sereno:

—¡No!

Precisa lo definitivo, lo que desconcertará al acusado; lo abrumador; el careo...

—¡Acérquese!...

Antes, los guardias han dicho "que toda la gente le acusa".

Pero por eso no pierde su serenidad el "Bonito".

—¡Acérquese!—manda de nuevo la autoridad.

Pálido, avanza, y frenético, sin que le pue-

dan sujetar, besa la boca de la que angustiada abre los ojos.

El instante es aprovechado por el juez.

Autoritario, grita; celoso, impone silencio, y así habla a la que muy pronto será tierra mortal:

—¡Trini, mira, fíjate bien en este hombre! ¿Es, fíjate, quien te hirió?

Pesa, abruma el silencio; montaña es que ahoga.

La moribunda mira con ansia a los ojos turbios de su amado, sonríe después, y después, con voz estertórea, dice solemne:

—¡¡No!!

La justicia ha fracasado; no puede la justicia acusar a Rafael de asesino.

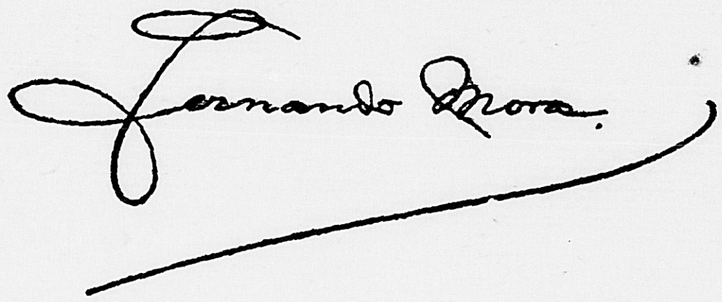
El juez así lo cree, y lo cree así por la sencilla razón de que el juez, encastillado en los viejos Códigos, no estudia la vida en la VIDA.

Y piensa, ¡pobre hombre!, que la virtud vive sólo en los claustros; el heroísmo, en los cuarteles, y la caridad, en las Juntas de damas.

Pero Trini está allí para refutárselo, pues

ella, por amor, por un amor que no sabe ni quiere saber de leyes humanas ni divinas, dió algo más que pan, dió, generosa, la existencia.

¡¡Y eso sí que es heroísmo!!...



A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

M E N D I Z A B A L, 42

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

La Editorial Atlántida

ha puesto a la venta las siguientes obras:

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de FELIPE SASSONE, que tan clamoroso éxito alcanzó.

Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra del magno estilista RICARDO LEÓN.

Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano JOSÉ MARTÍ, prologadas y ordenadas por ALBERTO GHIRALDO.

Ejemplar, 5 pesetas.

Pedidos a **Editorial Atlántida** y **Novela de Hoy.**

MENDIZÁBAL, 42. MADRID

La "Editorial Atlántida"

ha puesto a la venta las siguientes obras:

Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

ARTEMIO PRECIOSO

DOS PESETAS EJEMPLAR

Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

JOSÉ MARTÍ

ordenadas y prologadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

La capa del estudiante

libro de versos por

MARIANO TOMAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

La Novela de Noche

Números publicados:

1, *La hija de la Cortesana*, por "El Caballero Audaz". Ilustraciones de Penagos.

2, *Demasiado hermosa*, por Rafael López de Haro. Ilustraciones de Ribas.

3, *La casa de "la Trini"*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Varela de Seijas.

4, *El veneno de la aventura*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Guillén de Villena.

5, *El Palomar*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de "Demetrio".

6, *Relato inmoral*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Dichi.

7, *Astucias de mujer*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

8, *La comedia de la honorabilidad*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Antonio Juez.

9, *Los pecados de Carmina*, por Alberto Valero Martín. Ilustraciones de Robledano.

10, *A todo amor*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

11, *Miguelillo, el de la Cava*, por Antonio Casero. Ilustraciones de Casero (hijo).

12, *Felicidad*, por Alberto Insúa. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

13, *Un consentido*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

14, *El diablo con faldas*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de "Demetrio".

15, *La maldita carne*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Rivero Gil.

16, *Rocío, "La Pilares"*, por Enrique Domínguez Rodiño. Ilustraciones de Baldrich.

17, *Una pobre vida*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Varela de Seijas.

18, *Ponchin I, "Rey de la casa"*, por Andrés González Blanco. Ilustraciones de Augusto.

19, *Amalia, "La Palosanto"*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Puig.

20, *Noche de San Juan*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Baldrich.

21, *No por obra de varón...*, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Ochoa.

22, *La dama del Palais*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

23, *Por qué te engaña tu marido*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

24, *La mujer, el amante y el marido*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

25, *Castigo del Cielo*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Ochoa.

26, *La cortesana de las cruces*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Baldrich.

27, *El amor de Su Excelencia*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de "Demetrio".

28, *Las rubias del principal*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Ribas.

29, *La boda de Elena Nito*, por Fernando Luque. Ilustraciones de Beilón.

30, *La cortesana de Vallecas*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

31, *De carne y hueso*, por Manuel Bueno. Ilustraciones de Varela de Seijas.

32, *Cornejo, Pedraza y Compañía*, por Emilio Carrére. Ilustraciones de Picó.

33, *¡Viva Lutecia!*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Quintanilla.

34, *Más fuerte que la muerte*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

35, *La Novicia cupletista*, por A. Vidal y Planas. Ilustraciones de Penagos.

36, *El amor prohibido*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Sousa.

37, *Las sorpresas de Lorenzina*, por Cristóbal de Castro. Ilustraciones de Puig.

38, *La mujer que se sintió águila,* por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

39, *¡Madres las que tenéis hijas!...,* por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Baldrich.

40, *Una española en México,* por Joaquín Belda. Ilustraciones de Mihura.

41, *Memorias de un legionario,* por Juan Ferragut. Portada de "Demetrio".

42, *La dama del crisantemo,* por Emilio Carrère. Ilustraciones de Ramírez

43, *La conversión de don Juanito* (extraordinario), por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Puig.

44, *La tercera mujer,* por E. Ramírez Angel. Ilustraciones de Mansberger.

45, *El maleficio de la noche,* por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Juez.

46, *Una mancha en la familia,* por Juan Pujol. Ilustraciones de Sancha.

47, *Lobos y corderas, o A la sombra de Mendizábal,* por Fernando Mora. Ilustraciones de Puig.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

PROXIMAMENTE

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.